

“Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, [...]?” Sancho Panza y su acervo de conocimientos

Nieves Rodríguez Valle
(El Colegio de México)

Sólo a aquellos de ingenio “caprichoso” se les debería permitir escribir libros, decía Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias*;¹ aquellos que, como Cervantes, compartieran con las cabras la asunción de riesgos por senderos escabrosos y no transitados para ascender a las cumbres. Este ingenio “caprichoso”, o cómo dice el poeta peregrino del *Persiles*: “fantástico e inventivo”² de Cervantes, lo impulsa constantemente a convertir en literatura reflexiones sobre la estética de su periodo.

Uno de los rasgos de la estética renacentista fue la revitalización de los materiales populares, debido a que los humanistas se preguntaron si la sabiduría y el conocimiento que contenían y reflejaban los adagios, proverbios o refranes que circulaban entre el pueblo llano eran producto de una ingenua e infusa ciencia y, por lo tanto, eran la demostración inequívoca de que existía una continuidad entre el pensamiento clásico y el cristiano. Si bien la literatura medieval se había nutrido de gran número de sentencias de los sabios, así como de material paremiológico popular que, dentro del discurso narrativo, contribuía como un respaldo de autoridad para la argumentación, en el Renacimiento, estos materiales populares se convirtieron en motivo de reflexión humanista que se preguntaba: ¿de dónde provenía esa sabiduría que parecía natural?

Erasmus, a la cabeza de todos, se dio a la tarea de reunir las sentencias de la Antigüedad clásica,³ porque no podía imaginar que Dios hubiera estado un momento ausente o alejado de la humanidad, y a través de ellas observaba la continuidad que unía la sabiduría antigua con la sabiduría cristiana (18). Los humanistas españoles encontraron en la valoración que dio Europa a la propuesta de Erasmo, el terreno fértil para sus propias exploraciones, y, aunque reconocían la labor de Erasmo, procuraron distinguirse de él, pues España contaba con un rico acervo de “filosofía natural” que sustentaba el nacionalismo del imperio. Así, Juan de Valdés, en el *Diálogo de la lengua* (1535), afirma que los refranes castellanos (sinónimo de proverbios y adagios) no son como los latinos y griegos, pues no son nacidos entre personas doctas y celebrados en libros, sino que “los castellanos son tomados de dichos vulgares, los más dellos nacidos y criados entre viejas tras el fuego hilando sus ruecas (127).”

La tradición paremiológica en España, además de potenciar la inclusión de refranes en todos los géneros literarios (poesía, prosa, teatro), se vuelve materia de estudio y se

¹ Para Huarte existen seres humanos parecidos a las ovejas, cuyo ingenio consiste en contemplar, y otros que se parecen más a las cabras, a éstos les llama ingenios caprichosos: “conviene que haya [decía] en las letras humanas algunos ingenios caprichosos que descubran a los entendimientos oviles nuevos secretos de naturaleza y les den contemplaciones, nunca oídas, en que ejercitarse. Porque de esta manera van creciendo las artes, y los hombres saben más cada día (132).”

² “Y como la necesidad, según se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mío, que tiene un no sé qué de fantástico e inventivo, ha dado en una imaginación algo peregrina y nueva (*Persiles*, 630).”

³ Erasmo publica la primera colección de adagios en 1501. Entresaca de las letras griegas “muchas cosas que más tarde podrán ser útiles a las sagradas letras (Erasmus, 12).” Tras la gran acogida de su obra, cada edición aumenta en más del doble las citas de la edición precedente. Define el adagio: “es un dicho célebre que contiene alguna novedad de sabiduría. Tiene una cuádruple utilidad: sirve a la filosofía, ayuda a persuadir, ayuda a embellecer la oración, ayuda a la inteligencia de los mejores autores (12).”

realizan grandes compilaciones de refranes. El primer estudio paremiológico lo realiza Pedro Vallés en su prólogo a los *Refranes compilados por el orden del ABC* (1549); le siguen varios durante más de un siglo; algunos de ellos tratan de observar y registrar el fenómeno vulgar y otros tratan de demostrar los orígenes cultos. En estas recopilaciones se valoraron, tanto la idea humanista de que el refrán expresaba “la filosofía natural” del hombre, como la idea nacionalista de que España superaba a las demás naciones en número y calidad de refranes. Así, por ejemplo, Vallés reconoce a Erasmo, pero se distingue de él, diciendo que: “Entre los latinos ordenó refranes Erasmo, empero la diferencia es que Erasmo cogiólos en latín de autores doctísimos griegos y latinos, y declaró el origen dellos. Yo he los copilado en romance tomando de acá y acullá (s/f).”⁴ Alejandro de Cánova, impresor del refranero de Hernán Núñez, dice que el Comendador conocía la ventaja que España tenía en materia de refranes sobre las otras naciones, tanto en número, como en gracia y sentido. Y, a su juicio, los refranes de Erasmo ninguna importancia tenían, pues eran eruditos, en cambio: “más avisos en cualquier negocio del mundo, certísimos, averiguados por el parecer y experiencia de muchos, y muchos años, puestos en tan graciosa y compendiosa brevedad, como los nuestros, rarísimos hallaremos (s/f).” Juan de Mal-Lara va aún más allá cuando afirma en la dedicatoria de su *Filosofía vulgar* (1568) que:

Aquí tu Magestad leerá, si quiere,
cuánto saber tuvieron los iberos
en la philosophía, que no muere;
en refranes del vulgo verdaderos,
la prudencia que sola boz refiere.
Autores son de sciencia los primeros:
no ay arte o sciencia en letras apartada,
qu’ el vulgo no la tenga decorada. (233)

Esta filosofía prudente se remonta nada menos que a los iberos, lo cual es señal, como afirma, de que Dios comunicó a los hombres parte de su saber; sabiduría que, desde Adán, se extendió por todo el mundo, y no había corrido tanto que ya “primero que ella nasciese en Grecia, no se hallase origen en Hespaña (255).”

La revaloración y revitalización humanista contribuyó a la incorporación de la cultura popular en los textos literarios; de modo que, merced del racionalismo humanista, la oralidad, sus géneros, sus expresiones, sus contenidos, sus fórmulas, etcétera, inspiraron a los escritores para sus propios fines compositivos. Entre estos materiales, los refranes gozaron de un estatuto superior, pues, como dice Mal Lara: “es la materia más provechosa entre lo vulgar la de los refranes, la encomendamos a los que con buena voluntad leyere estos nuestros trabajos, que el *Eclesiástico*, en su libro, capítulo 39, entre las cosas que encomienda al sabio es: *Oculata proverbiorum exquirere*. ‘Buscar y inquirir lo más oscuro

⁴ Sin embargo, los humanistas españoles que recopilaron refranes en el siglo XVI, justificaron su labor apoyándose en autoridades; principalmente los libros de la Biblia y las obras de la época clásica griega y latina; y, como diría Pedro Vallés: “Si Cristo siendo la misma verdad dice por san Juan conversando con sus discípulos: ‘Estas cosas os he dicho en proverbios y parábolas, agora ya es llegado el tiempo que os he de hablar no por refranes y semejanzas sino a la clara. Él mismo, por san Lucas dice: ‘No es buen árbol el que hace mal fruto, ni malo el que lo hace bueno’. Por san Mateo: ‘Con la misma medida que midiéredes os mediarán’; pues ¿por qué yo dejaré de tratar doctrina tan usada? (s/f).”

de los proverbios o refranes’, porque es parte de sabiduría no ignorar lo que comúnmente se dize (250).”

Al estudiar no sólo la numerosa incorporación de refranes en la obra cervantina, especialmente en el *Quijote*, sino también las reflexiones paremiológicas que en él se contienen, Américo Castro no duda en observar la filiación humanista de su autor, afirmando que: “El refrán es la expresión del fondo de verdad, eterno y universal que la naturaleza buena puso en el hombre (182-183).” En este sentido, la idealización de la Edad de Oro, sigue Castro, también busca la pureza en las costumbres naturales y en el refrán, por ejemplo, la expresión de “la sabiduría inmanente, por modo místico, en el ser humano (183)”.⁵ Para Rosenblat, Cervantes se deleitaba con los refranes, y recogió en ellos un inmenso tesoro de sabiduría popular. “Era la *vox populi*, o la *vox Dei*, brotando como fuente viva de la boca de Sancho (41).” Rosenblat, sigue a Américo Castro y vuelve a afirmar que Cervantes pertenece a la corriente erasmista de exaltación del refranero como expresión de la filosofía natural: “El refranero es expresión de la sabiduría vieja, del fondo moral que el humanismo buscó en la vida pastoril y exaltó en sus descripciones de la Edad de Oro. El refranero popular, el pan nuestro de cada día, alimentó el fondo utópico del humanismo (42-43)”.

Monique Joly propuso que, además de observar en las declaraciones paremiológicas la filiación humanística del pensamiento del autor, se consideraran “las insólitas posibilidades de juego que en ellas descubre un Cervantes que, según sabemos, se preciaba sobre todo de sus méritos de raro inventor (230).” A partir de los estudios de Joly se han analizado los refranes del *Quijote* desde una mirada menos restrictiva; es decir, no sólo sometiendo a las teorías del momento el uso de los refranes de Cervantes, sino a la luz de su propio proceso creativo.

Como decíamos en un principio, Cervantes convierte las reflexiones sobre la estética de su tiempo en literatura, de modo que, al crear a Sancho Panza, multiplica las interrogantes sobre qué es la sabiduría popular; cuestiona su origen en la ciencia inspirada y parece inclinarse por atribuirlo a la riqueza cultural.

Don Quijote pregunta a Sancho dónde encuentra, en qué lugar del entendimiento de un ignorante se puede hallar la cantidad de refranes que conoce y que puede aplicar en un contexto determinado. Antes de escuchar la respuesta de Sancho, observemos como Cervantes reproduce en la voz de otros personajes la línea del pensamiento humanista, pues para el cura, por ejemplo, como para los humanistas, no hay misterio, se trata de algo congénito, inherente a su linaje, un añadido al cuerpo: “-Yo no puedo creer, sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno dellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen (*Quijote*, II, 50, 1043).”

Para el Cura, aquel que sabe “de experiencia que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos (*Quijote*, I, 50, 589),” Dios ha colocado ciencia infusa en el pueblo llano. Cervantes explora aún más esta postura al recrear por su pluma

⁵ Afirma Castro que se llega a la dignificación de lo popular en una época que desprecia soberanamente al vulgo, considerado incapaz de juicio y de razonamiento; indica que en el Renacimiento se rinde culto a lo popular como objeto de reflexión, pero se le desdeña como sujeto operante; señala, además, que “de todos modos, en España, por el sesgo especial de nuestra historia, el humanismo pone fuerte acento en esta rehabilitación del espíritu vulgar (183).”

personas del campo y su mundo,⁶ personajes que justifican su existencia literaria porque, como afirma el Narrador del *Persiles*: “la historia admite bajezas, la pintura hierbas y retamas en sus cuadros, y la poesía algunas veces se realiza cantando cosas humildes” (*Persiles*, III, 14, 571). Desde el rústico Erastro de *La Galatea*, Cervantes perfila el habla rústica como: entretenida, gustosa, ingenua y sincera; este lenguaje le valdrá para asumir la paternidad del linaje de los “rústicos cervantinos”, porque la fascinación que logra en sus escuchas marca la pauta que seguirá en toda su descendencia.⁷ En los géneros narrativos en que aparecen personajes rústicos existe siempre un gran contraste entre el habla (rústica, sencilla, al parecer entreverada) y los contenidos del discurso, y la tarea de los narradores consiste en acentuar este contraste.⁸ Veamos el caso del cabrero hacia el final de la Primera parte del *Quijote*. Mientras llevan ‘encantado’ a don Quijote de regreso a su aldea, durante una pausa en el camino para reposar y comer, los personajes oyen un estruendo y ven salir una cabra; el narrador presenta al rústico que aparece tras la cabra dando “voces y diciéndole palabras a su uso (*Quijote*, I, 50, 574);” luego, el narrador continúa con juicios de valor comentando, antes de ceder la voz al cabrero, cómo habla con el animal como si fuera capaz de entendimiento; pasa entonces al estilo directo para que oigamos un discurso ingenuo, tierno y entendido, con sonoras repeticiones propias de la oralidad, que no hace esperar la reacción de los espectadores: “Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al canónigo (*Quijote*, I, 50, 574).” El momento de agitación en

⁶ Estos personajes habían poblado vigorosamente la literatura renacentista y barroca a través de varios cauces expresivos y fueron evolucionando según el género que los albergaba, convirtiéndose en personajes a quienes se les denominó rústicos, pues “como tienen poco trato con la gente de la ciudad, son de su condición rústicos y desapacibles (Covarrubias, s.v. villa);” tosquedad que tiempo después se convertirá en su sinónimo. El adjetivo ‘rústico’ adquirió varios matices: por pertenecer al campo, en oposición a la complejidad cortesana, calificaba como sencillo y simple a una persona, un ambiente, un vestuario, un discurso, etcétera, y como sustantivo designaba al propio hombre del campo. Para el estudio de los rústicos cervantinos véase Rodríguez Valle 2015.

⁷ El rústico ganadero Erastro es una compañía deseada debido a su conversación entretenida y gustosa: “Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversación recibía (*Galatea*, I, 259);” que es divertida por ingenua: “No pudo dejar de reírse Elicio de las razones de Erastro (*Galatea*, I, 175);” y agradable por sus “verdaderas razones y no fingidas palabras (*Galatea*, I, 175);” así como por la sinceridad de sus pensamientos. Erastro posee autoconocimiento pues es consciente de su origen y condición: “-¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones ni responder a tus argumentos? (*Galatea*, IV, 414),” y se atreve, incluso, a presentarse de igual a igual con las autoridades al amenazar al dios Amor. Tenemos esbozado a Sancho Panza; sin duda alguna, el rústico cervantino más logrado.

⁸ Por otro lado, en los *Entremeses* cervantinos estos personajes siguen el patrón exigido por el género (burla a la ingenuidad, comportamiento poco virtuoso y lenguaje); pero destaca su orgullo de ser iletrados, que simboliza, para Stanislav Zimic, el deseo explícito de una sociedad que desea no saber y, de este modo, evita ambigüedades en cuanto a su linaje (328). También destaca en ellos el estar influidos por prejuicios, y, en *La elección de los alcaldes de Daganzo*, su pretensión de gobernar, reminiscencia erasmiana del apartado “De cómo los que se dan a pretender cargos y gobiernos son locos” de su *Elogio de la locura*. Así, dice Humillos: “Leer no sé, mas sé otras cosas tales, / que llevan a leer ventajas muchas [...] Y con ser yo cristiano viejo, / me atrevo a ser un senador romano (*Entremeses*, 155).” Sancho había afirmado: “-Letras –respondió Sancho-, pocas tengo, porque aun no sé el abecé, pero básteme tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador (*Quijote*, II, 42, 968-969).” La razón de ser de los rústicos, como afirma Vicente Pérez de León, se basa en la exposición de unas habilidades o facultades que pretenden servir para establecer distancias con cualquier sospecha de ser de origen converso, “el proceso de la elección refleja la escala de valores de unos villanos que imitan a los cristianos ‘buenos’ y se intentan arrimar a ellos a través de la confesión de unas ‘virtudes’ que los desvinculan de una sabiduría natural asociada a la aldea (448-449).” Estos son los rústicos menos queridos por Cervantes, por pretender reflejar lo que no son.

que lo había presentado el narrador pasa, y tras ser convidado a comer, el cabrero mostrándose agradecido, se justifica a sí mismo, dando lugar a que dialogue con el cura acerca de la reflexión humanista sobre la sabiduría natural:

-No querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

-Eso creo yo muy bien –dijo el cura-, que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

-A lo menos, señor –replicó el cabrero-, acogen hombres escarmentados; y para que creáis esta verdad y la toquéis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadáis dello y queréis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor –señalando al cura- ha dicho, y la mía. (*Quijote*, I, 50, 575)

El cabrero cuenta su cuento, el cual, a juicio del canónigo “que con estraña curiosidad notó la manera con que le había contado, tan lejos de parecer rústico cabrero cuan cerca de mostrarse discreto cortesano, y, así, dijo que había dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados (*Quijote*, I, 52, 582).” El cabrero tiene ahora nombre: Eugenio; y no sólo es valorado el cuento por su contenido, sino, especialmente, por el modo de contarlo, comentario añadido por el omnisciente narrador que ha hilado toda la ‘rústica secuencia’.

Una característica más en común entre los rústicos cervantinos es el autoconocimiento. Los humanistas reflexionaron también sobre qué era la sabiduría, sobre el *ars vivendi* de Séneca y Cicerón, que la consideraban una virtud moral; sobre la dualidad saber teórico – virtud que propusieron Platón y Aristóteles;⁹ sobre la distinción de San Agustín entre ser racional y sabio, pues la razón conduce a la comprensión de los preceptos divinos, pero con la observancia de estos preceptos, haciéndolos vida propia, se alcanza la sabiduría (*apud* Gómez-Hortigüela, 150) sobre la consideración de Santo Tomás acerca de la sabiduría como prudencia que debe dirigir la vida humana (*apud* Gómez-Hortigüela, 151). Así, por ejemplo, para Petrarca: “la marca de un hombre sabio es que conoce y reconoce su imperfección (39),” por lo que se requiere de una humildad activa, que le haga cada vez más sabio, porque afirma: “una cosa es hablar sabiamente, y otra muy distinta vivir sabiamente; una cosa es llamarse a sí mismo sabio y otra ser realmente un hombre sabio (49).” Estas reflexiones entroncan con la idea renacentista que va acentuando el valor de la vida sencilla, así fray Antonio de Guevara, en su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539), afirma que “es privilegio de aldea que allí sean los hombres más virtuosos y menos viciosos, lo cual no es así por cierto en la corte y en las grandes repúblicas, a do hay mil que os estorben el bien y cien mil que os inciten al mal. [...] No sólo es buena el aldea por el bien que tiene, mas aún por los males de que carece (s/f);” considerando que mejor vida tiene en su casa el rústico que no tiene en la Corte ningún príncipe del mundo.

Encontramos, entonces, claramente expuesta por Cervantes la postura humanista sobre las virtudes del hombre del campo y su sabiduría natural, el discurso de que los

⁹ Para Platón, sabiduría oscila entre saber teórico y virtud encaminada a la acción (121-123). Aristóteles, por su parte, en la *Ética a Nicómaco* clarifica más profundamente esta doble consideración al distinguir entre un saber teórico (la ciencia de las primeras causas, o metafísica, la capacidad humana de conocer), y otro práctico (la virtud de la prudencia, disposición que acompañada de la razón se dirige hacia la acción y distingue lo que es bueno o malo para el hombre) (*apud* Gómez-Hortigüela, 140).

montes crían letrados, lo cual es eso, un discurso, pues cuando perfila a los personajes los dota de una cercanía más acorde con la realidad.

Volvamos a Sancho, a quien se le pregunta directamente, y a la respuesta que en propia voz da al cuestionamiento de don Quijote: “¿dónde los hallas ignorante?”. Sancho responde que de su hacienda: “[...] ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? (*Quijote*, II, 43, 977).” Sancho, así, muestra la conciencia de que la fuente de sus conocimientos proviene del conjunto de bienes que tienen que ver con los valores o bienes culturales acumulados por tradición o herencia, que hoy llamamos acervo (*DRAE*).¹⁰

Sancho, analfabeta, “sabe más refranes que un libro”¹¹ y los ha aprendido precisamente por tradición oral, de dos fuentes principales: su ambiente familiar y su ambiente socio-cultural. Como afirma Maxime Chevalier:

Sancho Panza no sabe leer. Siete veces lo declara el escudero en la novela, cuatro veces en la Primera parte y tres en la Segunda [...] Muchas declaraciones son estas tratándose de fenómeno tan ordinario, y casi sorprendería la insistencia del texto en aquella realidad, que debió ser común en el campo manchego a primeros años del siglo XVII. (67)

Los bienes culturales no requieren de la lectura, sino de la oralidad; los bienes culturales no son ciencia infusa, sino que forman parte del universo vital de la oralidad. Los saberes que se transmiten en forma oral, como todo conocimiento, son la “inteligencia y noticia práctica y cierta de las cosas (*DA*);” estos bienes culturales forman parte de la tradición, son valores compartidos y, en el caso de los refranes, mantienen su vigencia si para la comunidad lingüística mantienen operante su contenido.

Al reflexionar sobre cómo se obtiene este acervo, Cervantes va dando las claves a lo largo del texto. Gracias a que conoce muy bien los mecanismos por los cuales se inserta la oralidad en un discurso y que los refranes suelen citarse como algo ajeno al hablante, precedidos por una introducción que indica la fuente (ellos mismos: “dice el refrán”; lo que dice una comunidad o alguien en particular), podemos reconocer la procedencia de algunos refranes de Sancho cuando los cita con una fuente personalizada; de modo que Cervantes nos va dando información sobre cuáles son las fuentes de las que se nutre el acervo de conocimientos de Sancho.

Del ambiente familiar tenemos el reconocimiento de lo que ha oído de sus mayores: “[...] Mira, Teresa, siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa (II, 5, 667).” En especial, Sancho hace mención de sus parientes femeninos, como la abuela: “[...] tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al de tener se atenía (II, 20, 799),” idea reiterada capítulos después: “[...] tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela (II, 43, 977).” Sancho también cita a su mujer como fuente de refranes, pues en el capítulo siete de la Segunda parte, a la pregunta de qué opina Teresa acerca de que su marido vuelva a salir con don Quijote, Sancho responde con una serie de refranes que atribuye a Teresa: “—*Teresa dice* —dijo Sancho— que ate bien mi dedo con vuestra merced, y

¹⁰ *Hacienda*: “los bienes, posesiones y riquezas que uno tiene” (*DA*).

¹¹ Únicamente un refranero es mencionado en el *Quijote*, el de Hernán Núñez cuando la Duquesa lo compara con Sancho al afirmar que sus refranes “puesto que son más que los del Comendador Griego, no por eso son en menos de estimar, por la brevedad de las sentencias (*Quijote*, II, 34, 916).”

que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco (II, 7, 680).”¹² En la conversación (que el “traductor” tiene por apócrifa) entre Sancho y Teresa (II, 5), no la escuchamos decir estos refranes; por lo que deducimos que, o se los dijo en otro momento, o Sancho resume las dudas de Teresa evocando los refranes que le parecen apropiados. De esta manera, con este discurso ajeno, Sancho se libera de toda responsabilidad. Asimismo, cita la conformidad de Teresa con la sentencia de un refrán: “-¡A mi mujer con eso! -dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando-, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen: ‘cada oveja con su pareja’ (II, 19, 784).”

Otras fuentes del conocimiento de Sancho son cuentos o romances de larga tradición oral:

-[...] y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Bamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron a Rodrigo para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten. (II, 33, 907)

En la ínsula, algunas resoluciones de Sancho están basadas en un cuento o tema de tradición oral (II, 45). Este bagaje cultural era compartido por los ‘oidores de la obra’ de cualquier clase social.¹³ Incluso, para entretener a su amo durante la noche de los batanes, cuenta un cuento. Don Quijote, en plena aventura, pide entretenimiento; Sancho promete esforzarse en contar, a pesar del miedo, la mejor de las historias, y pide atención:

[...] y esteme vuestra merced atento, que ya comienzo. “Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar...” Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas no fue así como quisiera, que fue una sentencia de Catón Zonzorino romano, que dice “y el mal, para quien le fuere a buscar”, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos este dónde tantos miedos nos sobresaltan. (I, 20, 212)

Sancho narrador aprovecha para intercalar comentarios en su relato, como suelen hacerlo los narradores cervantinos, primero, haciendo explícita la reflexión sobre las marcas tradicionales del inicio de las ‘consejas’, y segundo, con una digresión en la que aplica la sabiduría del cuento a la situación en la que se encuentran; don Quijote lo insta para que continúe; Sancho narrador asume su función añadiendo explicaciones léxicas (ingenua y cómica en este caso) y poco a poco se va apropiando del cuento haciéndose partícipe en la recreación de un relato tradicional:

-“Digo, pues -prosiguió Sancho-, que en un lugar de Estremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico...”

¹² Otro personaje femenino aparece como la fuente del aprendizaje de refranes, en este caso, por parte de Teresa: “[...] Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho” (II, 52, 1059).”

¹³ En la España de la época, “la clase social de los labradores, a la cual pertenece Sancho, representa aproximadamente el ochenta por ciento de la población total (Salazar, 202).”

-Si desamano cuentas tu cuento, Sancho –dijo don Quijote-, repitiendo dos veces lo que van diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. (I, 20, 212-213)

Sancho, contador de historias, se irrita por la interrupción, pues la tradición oral requiere que el contenido sea expresado de un modo particular y así sea transmitido por las generaciones, si no, pierde su naturaleza y se convierte en otra cosa:

-De la misma manera que yo lo cuento –respondió Sancho –se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. (I, 20, 213)

Sancho defiende su arte de contar con su tradición, don Quijote cede en su crítica y a continuación vemos cómo la manera de contar de Sancho, tan probada y aprobada por la tradición oral, rinde sus frutos. El hidalgo de la Mancha ha demostrado una y otra vez que es ajeno a los pactos de lectura (o de escucha) de los géneros literarios; pues, además de la literalidad con que lee los libros de caballerías, también tiene dificultades con los géneros de tradición oral, como cuando interpreta dos refranes de manera literal en esta Primera parte: “Ir por lana y volver tresquilado” y “Hay más mal en el aldegüela que se suena” (Rodríguez Valle 2014, 43-46). Esta incompetencia para discernir y ceder al pacto de lectura tan característica de su personalidad lo lleva a una nueva interrupción:

-“Así que, señor mío de mi ánima –prosiguió Sancho-, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo”.

-Luego ¿conocíste la tú? –dijo don Quijote.

-No la conocí yo –respondió Sancho-, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. (I, 20, 213)

A pesar de que en el cuento el pacto de lectura acepta la narración de hechos fabulosos, Sancho acerca su narración a la leyenda cuyos elementos testimoniales establecen la verdad de lo ocurrido por extraordinaria que parezca, de modo que Sancho modifica el género al añadir verosimilitud a través de presentarse como falso testigo. Al terminar la narración, ocasionada porque don Quijote no llevó la cuenta de las cabras, uno de los requisitos establecidos para la continuidad del relato, don Quijote ironiza, igualando además los términos ‘conseja’, ‘cuento’ e ‘historia’:

-Dígote de verdad –respondió don Quijote- que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.

-Todo puede ser –respondió Sancho-, mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. (I, 20, 215)

Además del ambiente familiar y social, otra fuente de conocimiento es expresada por medio de las citas de lo que ha oído y aprendido de la predicación: “según nos lo dicen por esos púlpitos (II, 7, 680);” especialmente en la predicación del cura de su pueblo: “[...] cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él (I, 20, 209).” Del mismo modo, del

cura ha aprendido lo que significa el siguiente refrán: “–A buena fe, señor –respondió Sancho–, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual también come cordero como carnero; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres (II, 20, 800).” Sancho cuenta con una memoria selectiva; así, el narrador omnisciente revela de dónde proviene la sabiduría de Sancho con respecto a una sentencia como gobernador de Barataria: “[...] y más que él había oído contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula (II, 45, 996).”

Desde el Concilio de Letrán (1225) se recomienda a los preladados la instrucción del pueblo. Con la convicción de que los ejemplos aprovechan más que las palabras y para amenizar la enseñanza,¹⁴ los sacerdotes se sirvieron, para la predicación, de fábulas, anécdotas, cuentecillos, bestiarios, relatos históricos, apólogos, leyendas, etcétera, de origen sagrado o profano, tomados de fuentes orientales u occidentales, improvisados o sacados de la tradición popular (Bravo, 304). Desde el siglo XIII, entonces, narraciones, ejemplos, sentencias y refranes, destinados a ilustrar diversos aspectos de la doctrina y elevar el nivel cultural de los fieles fueron el instrumento “de lo que fue el primer intento por instaurar y desarrollar una auténtica ‘cultura de masas’ (Bravo, 309).” Un discurso promovido por una élite eclesiástica para inculcar un sistema de valores que poco tenía que ver con la ciencia infusa. Como afirma Bravo: “la predicación es uno de los exponentes de lo que Aaron Gourevitch, refiriéndose a la compleja interacción entre la cultura letrada –latina y clerical- y cultura folclórica –oral y popular-, ha llamado ‘paradoja de la cultura medieval’ (309).”

Cervantes muestra a través de sus rústicos cómo en el siglo XVII la prédica continúa representando una nutrida fuente de conocimientos; sin embargo, sus personajes no son sólo receptores pasivos de esta “cultura de masas” impuesta con fines doctrinales, sino que son capaces de utilizar los conocimientos obtenidos para que sus propios discursos tengan un respaldo de autoridad; es decir, son conocimientos que están al alcance para aplicarlos en distintos momentos y circunstancias. Incluso, sus personajes tienen la capacidad de cuestionar dichos conocimientos; como lo vemos en el último rústico cervantino, Bartolomé el Manchego, quien también reconoce la prédica del cura como la fuente de su conocimiento. Criado y guiador del bagaje, en el camino de Valencia, ante la belleza de un amanecer, toma la voz por primera vez:

-Verdad debió de decir el predicador que predicaba los días pasados en nuestro pueblo cuando dijo que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor. Pardiez, que, si yo no conociera a Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera a rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza destes cielos (que me dicen que son muchos o, a lo menos, que llegan a once), y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que, con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra, y más, que, con ser tan grande, afirman que es tan ligero que camina en venticuatro horas más de trecientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada desto, pero dícenlo tantos hombres de bien que, aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo. Pero de lo que más me admiro es que, debajo de nosotros, hay otras gentes, a quien llaman antípodas, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies, cosa que me parece imposible, que, para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce.

¹⁴ “Esto es, por endulzarla y hacerla placentera o, lo que es lo mismo, por devolverle plenamente al significativo ‘saber’ su significado etimológico de ‘sabor’, siendo el conocimiento alimento sabroso para el intelecto (Bravo, 304).”

Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo. (*Persiles*, III, 11, 540-542)

Su cultura, igual a la de Sancho, es la cultura que se adquiere por el oído, los saberes provenientes de sus fuentes de instrucción: la prédica y la familia, que aunque tienen valor de verdaderos, la propia experiencia, la capacidad de observar y conmovirse, y la reflexión le da derecho a dudar de los conceptos que por ellas recibe.¹⁵

Además del cuestionamiento, la propia opinión y la utilización estratégica de los conocimientos aprendidos del ambiente familiar y de la prédica, Cervantes añade un elemento fuente del acervo de conocimientos de Sancho, un elemento vital al que le presta un interés particular: la experiencia. La hacienda de Sancho está en continua renovación, pues no olvidemos que los refranes son, según las definiciones presentes en las dos partes del *Quijote*: “sacados de la experiencia”.

La definición es uno de los principales problemas a los que se enfrenta cualquier estudioso de los refranes. Cervantes, en el *Quijote*, plantea y resuelve esta cuestión con cuatro definiciones que se van matizando. Tres veces los define don Quijote y una el padre del Cautivo (al cual oímos a través de la narración de su hijo). Las dos definiciones de 1605 funcionan como parte de la argumentación, para dar autoridad a lo que se va a decir; en ambas ocasiones, dichos personajes califican a los refranes como verdaderos: “-Páreceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas (I, 21, 223);” el padre del Cautivo añade elementos calificativos a la definición de don Quijote: “-[...] Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia (I, 39, 451).” En 1615, don Quijote ya no sólo alaba los refranes y justifica su utilización (como lo hacen los humanistas), sino que se vuelve la voz que pretende teorizar y regular un uso natural. En contraste, a Sancho no le interesa la reflexión teórica: para él los refranes son como el lenguaje mismo, algo que brota con naturalidad; es más, parece que estos tienen voluntad propia, pues cuando don Quijote le aconseja no mezclar en su plática muchedumbre de refranes, responde: “-Eso Dios lo puebe remediar, porque sé más refranes que un libro, y viéñenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros (II, 43, 974).” De este modo, la función de la definición cambia, pues las dos veces que don Quijote define el refrán es para amonestar a Sancho, especialmente por el número que utiliza, indicando que la sentencia debe adecuarse al discurso, pues si no, pierde su valor, es decir, se cuestiona su veracidad: “-[...] puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parece disparates que sentencias (II, 43, 974).” En la segunda ocasión, don Quijote amplía la definición: ya no “parecen disparates”, ahora afirma que lo son cuando los trae “por los cabellos”: “-[...] y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios, y el refrán que no viene a propósito antes es disparate que sentencia (II, 67, 1178).” Como se ve en esta última definición los refranes ya no son sólo sacados de la experiencia, sino que entra en juego la especulación, y no la especulación popular, sino de los antiguos sabios.¹⁶

¹⁵ La concepción geocéntrica seguía vigente, así también el murmurador Clodio jura ‘por los once cielos que dicen que hay’ (Fernández Rodríguez, 116).

¹⁶ Especular se entendía como ‘reflejar fielmente’; para los filósofos medievales, “mediante la especulación se considera a Dios tal como se refleja en las cosas creadas, al modo como la imagen se refleja en el espejo (Ferrater, 148). Entre ambas partes, don Quijote pasa de definir el refrán para dar autoridad al discurso que va

Los refranes lo son en tanto que la experiencia de comunidad lingüística compruebe su validez, sin embargo, Cervantes va más allá y apunta a la propia experiencia individual. El mismo don Quijote da voz a la modificación del refrán que asegura que “Dichoso el varón que escarmienta en cabeza ajena y en la suya non (Núñez, 35r), cuando afirma “Escarmentando en cabeza propia (II, 74, 1217).”

Veamos la experiencia de Sancho. El texto mismo es testigo de la manera en que Sancho aprende los refranes con una memoria prodigiosa y los enuncia con cierta malicia. En el capítulo dos de la Segunda parte, don Quijote intenta explicar a Sancho que la suerte de caballero y escudero es una sola, para lo cual emplea una sentencia bíblica en latín que luego le traduce. Cervantes muestra cómo es probable que se hayan popularizado las sentencias bíblicas y los adagios latinos que terminaron circulando en romance:

–Engañaste, Sancho –dijo don Quijote–, según aquello “*quando caput dolet*”, etcétera.¹⁷

–No entiendo otra lengua que la mía –respondió Sancho.

–Quiero decir –dijo don Quijote– que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

–Así había de ser –dijo Sancho–, pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos. (II, 2, 642)¹⁸

Aquí, entonces, se presenta el aforismo latino proveniente de la carta de San Pablo,¹⁹ se traduce, se explica y se aplica. En el capítulo siguiente, Sancho no sólo la ha aprendido, sino que también ha encontrado el momento propicio para volver a utilizarla, pues en la plática con Sansón Carrasco acerca de la historia que anda impresa, comenta:

–Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro –dijo Sancho–, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

–Socarrón sois, Sancho –respondió don Quijote–. A fee que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. (II, 3, 650)

La frase “del dolor de la cabeza han de participar los miembros” se añade al repertorio de Sancho está ya en el repertorio de Sancho como un refrán más.²⁰

a enunciar a la definición con intención didáctica y de censura ante la que considera abrumadora enunciación de Sancho.

¹⁷ “...*caetera membra dolent*”.

¹⁸ Descouzis interpreta así este pasaje: “No podemos desatender aquí la función histórico-religiosa del contexto del *Quijote*. El héroe utiliza este latinismo –que hasta el mismo escudero habrá oído al cura de su lugar– para darse tono. Estos personajes literarios ‘viven’ en el ambiente de su época, en que se usa y abusa del latín, tanto en sociedad como en el púlpito. Esta otra cara del latinismo remeda una verdad histórica: el vulgo desconoce el latín; espera que se le explique la Sagrada Escritura en vernacular; y, aquí, el ‘intérprete’ don Quijote avanza, en términos rústicos, una explicación de la ideología paulina (41).”

¹⁹ “*Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra: sive gloriatur unum membrum, cogaudent omnia membra (1 Ad Corinthios, 12, 26)*. “Por donde si un miembro padece, todos los miembros se compadecen. Y si un miembro es honrado, todos los miembros de gozan con él”.

²⁰ En el capítulo diecisiete, para justificar el requesón en el yelmo, Sancho vuelve a este tópico: “A la fe, señor, a lo que Dios me da a entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como a

Sancho ha aprendido innumerables cosas de don Quijote, entre ellas, refranes, según él mismo cuenta: “[...] que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asninas se ha de ir con el compás en la mano y con medio término (II, 33, 912).”²¹ De este modo, Sancho puede argumentar añadiendo la fuente de procedencia y, además, comprometer al interlocutor que está presente. Cuando Sansón Carrasco advierte a don Quijote que se cuide de los peligros en su siguiente salida, Sancho insiste: “[...] Y más, que yo he oído decir, y creo que a mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía: y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa (II, 4, 660).”

En otros casos, no es la voz de Sancho la que refiere la fuente de aprendizaje, sino que la descubrimos a lo largo del texto. Por ejemplo, no sabemos si Sancho conocía el refrán con el cual don Quijote piensa aconsejarle, según dice a los duques, ni escuchamos a don Quijote decírselo a Sancho: “[...] Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho (II, 32, 901);” sin embargo, Sancho enuncia este refrán repetidas veces durante y después de su gobierno.²² Lo que sí sabemos, gracias al Narrador, es que mientras don Quijote le aconsejaba: “Atentísimamente le escuchaba Sancho y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno (II, 43, 973).” Así, a la sabiduría paremiológica de Sancho contribuye, además de su ambiente familiar y socio-cultural, su experiencia de escudero andante.

Don Quijote también los aprende de Sancho o, por lo menos, le da crédito por algunos que utiliza: “–Nunca te he oído hablar, Sancho –dijo don Quijote–, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: ‘No con quien naces, sino con quien paces’ (II, 68, 1180);” “en fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etcétera (II, 28, 866).” Sin embargo, a don Quijote parece costarle más trabajo aplicarlos en el momento oportuno.

El habla rústica y sus razonamientos no dejaban de parecerle a Cervantes un ingrediente necesario para construir sus mundos polifónicos y su perspectivismo, en el cual tenía siempre cabida la mirada y la voz de la sociedad rural de la España del Siglo de Oro;²³

hechura y miembro de vuestra merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover a cólera su paciencia y hacer que me muela, como suele, las costillas (II, 17, 761).” Lotario en la Primera parte: “Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano lo siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se la haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella (I, 33, 388).” Registrado en los *Castigos del rey don Sancho IV* (1293), como: “Cuando la cabeza duele, todos los miembros se sienten (XII, adición).” En *La Lozana andaluza*: “Cuando duele la cabeza todos los miembros están sensibles (Delicado, I, 23, 285),” y en el refranero de Sebastián de Horozco [-1580] igual que en el *Quijote* (f. [154]v).

²¹ Sancho lo reitera más adelante: “Yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, según he oído decir a vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras (II, 37, 938).” Don Quijote lo ha enunciado en II, 17, 770.

²² “Yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho (II, 49, 1024),” “Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho (II, 51, 1051),” “Ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos (II, 55, 459).”

²³ Bartolomé es un miembro de la capa más pobre de los muleros o arrieros que se reclutan entre el campesinado, convertido en itinerante por la miseria, que vende sus servicios en España y más allá de las fronteras españolas (Nerlich, 7).

y en el “ingenuo” parecer de los rústicos, colocar críticas y altos discursos sobre la poesía y la libertad, dar voz a necesidades y deseos, todo aunado a la gracia en el contar y la evolución del carácter. Si Erastro era un rústico ganadero en el mundo pastoril, Sancho, de labrador, será convertido en rústico escudero. En su caracterización y desarrollo se suma a su historia (sus antecedentes como labrador, su bagaje cultural conformado por lo que ha aprendido de la prédica del cura y la tradición familiar) su experiencia de escudero andante y la conversación con su amo, la cual, define el mismo Sancho en términos rústicos “ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico (*Quijote*, II, 12, 720).” A través de esta experiencia, como afirman Enciso y Pérez: “su horizonte vital, hasta entonces transparente y lineal, empezó a nublarse y a complicarse; su rusticidad cotidiana comenzó a fluctuar ‘entre la realidad y el deseo’ (Enciso y Pérez, 70);” para terminar aceptando que “Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. [...] Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador (*Quijote*, II, 53, 1065).”

Sancho ha nacido y Sancho ha de morir, según afirma en un momento de decepción, pero él ha crecido para convertirse en “el personaje rústico” de toda la literatura, a la que su personalidad, sus acciones y su lenguaje rústicos aportaron tanto. Si Erastro despertaba gusto mediante su discurso, qué decir del de Sancho que aunque, como observa Finello, entronca con la atractiva tradición de mostrar “la espontánea y graciosa retórica de la llaneza villana (Finello, 496),”²⁴ es capaz de interpretar la vida.

Para construir un personaje de la talla de Sancho Panza, quien se convierte en el personaje rústico por excelencia de todos los tiempos, se le tenía que proveer de los antecedentes que cimentaron su creencia, su ideología y sus saberes. Cervantes no sólo los apunta, sino que reflexiona y muestra los mecanismos como esa hacienda se constituye y de dónde se nutre; dialogando con las ideas que circulaban sobre la filosofía natural, Cervantes encuentra en la experiencia la reflexión sobre la sabiduría, y aporta el reconocimiento de la oralidad como portadora de cultura.

²⁴ “El lenguaje rústico está enraizado en la ingenuidad y simplicidad, [...] el lenguaje de Sancho está entonado por esta misma credulidad, fe, sinceridad y naturalidad, cualidades provenientes del aspecto sentencioso de su habla y pensamiento (Finello, 494). Sancho, continua Finello: “encabeza el grupo que incluye a labradores, campesinos, pastores y cabreros, todos perdidos en el anonimato de la sociedad rural de la España del Siglo de Oro. Este pasado pastoril de Sancho surge para complementarse con su nueva circunstancia y es un ingrediente fundamental para su autoconocimiento (496).”

Obras citadas

- Bravo, Federico. "Arte de enseñar, arte de contar. En torno al *exemplum* medieval." En José Ignacio de la Iglesia Duarte coord. *La enseñanza en la Edad Media: X Semana de Estudios Medievales*. Nájera: Semana de Estudios Medievales, 2000. 303-328.
- Castigos del rey don Sancho IV* (1293), ed. Hugo Oscar Bizzarri. Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2001.
- Castro, Américo. *El pensamiento de Cervantes*. 2ª ed. Barcelona: Noguer, 1972 [1a ed. 1925].
- Cervantes, Miguel de. *La Galatea* [1585]. Ed. Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy. 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1999.
- . *Don Quijote de la Mancha*. *Don Quijote de la Mancha* [1605-1615]. Ed. Francisco Rico. 2 vols. 3ª ed. Barcelona: Crítica, 1999.
- . *Entremeses* [1615]. Ed. Nicholas Spadaccini. 8ª ed. Madrid: Cátedra, 1990.
- . *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* [1617]. Ed. Carlos Romero Muñoz. 5ª ed. Madrid: Cátedra, 2004.
- Chevalier, Maxime. "Sancho Panza y la cultura escrita." En Dian Fox, Harry Sieber, Robert TerHorst eds. *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1989. 67-73.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611]. Ed. Felipe C.R. Maldonado. Revisada por Manuel Camarero. Madrid: Castalia, 1995.
- Delicado, Francisco. *Retrato de la Lozana andaluza*. Ed. de Claude Allaire. Madrid: Cátedra, 1985.
- Descouzis, Paul. "Cervantes y San Pablo." *Anales Cervantinos* XI (1972): 33-57.
- Enciso, Julia y Miguel José Pérez. "Sancho Panza, 'entre la realidad y el deseo' (Una reflexión personal)." *Didáctica (Lengua y Literatura)* 17 (2005): 69-88.
- Erasmus. *Obras escogidas*. Ed. Lorenzo Riber. 2ª ed. Madrid: Aguilar, 1964.
- Fernández Rodríguez, Teodosio. "Perfiles del realismo novelesco cervantino." En *Guanajuato en la geografía del Quijote. XXIII Coloquio Cervantino Internacional. Cervantes novelista: antes y después del Quijote*. Guanajuato: Gobierno del Estado de Guanajuato/Fundación Cervantina de México/Universidad de Guanajuato/Centro de Estudios Cervantinos, 2013. 113-129.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía abreviado*. México: Hermes/Sudamericana, 1987.
- Finello, Dominick. "Sobre la genealogía rústica de Sancho Panza". *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Madrid: Anthropos, 1990. 493-499.
- Gómez-Hortigüela Amillo, Ángel. *La sabiduría en la obra de Juan Luis Vives*. Tesis doctoral. Universidad de Navarra, 2000. Biblioteca Valenciana Digital.
- Guevara, Antonio de. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Valladolid, edición digital preparada por Emilio Blanco, s/f, www.filosofia.org/cla/gue/gueca.htm
- Horozco, Sebastián de. *Recopilación de refranes y adagios vulgares y comunes de España*. Biblioteca Nacional de España, ms. 1849.
- Huarte de San Juan, Juan. *Examen de ingenios para las ciencias*, Ed. Esteban Torre. Madrid: Editora Nacional, 1976.
- Joly, Monique. *Études sur Don Quichotte*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1996.

- Mal Lara, Juan de. *La Philosophía vulgar*. Ed. de Inoria Pepe Sarno y José-María Reyes Cano. Madrid: Cátedra, 2013.
- Nerlich, Michael. “El homenaje de Cervantes al pueblo español, o Bartolomé ‘el Manchego’ y Cenotia ‘arrancada de su patria’. Sobre el ‘realismo’ de ‘*Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional*’”. *Clásicos mínimos. Archivo de la Frontera, Banco de recursos históricos*, 2007. 3-16.
- Núñez, Hernán. *Refranes, o proverbios en romance*. Salamanca: Juan de Cánova, 1555.
- Pérez de León, Vicente. “Rústico examen de ingenios en *La elección de los alcaldes de Daganzo*”. *Bulletin of the Comediantes* 56-2 (2004): 443-457.
- Petrarca, Francesco. *La medida del hombre. Remedios contra la buena y la mala suerte*. selección, traducción, presentación y apéndice de José María Micó. Barcelona: Península, 1999.
- Platón. *Cármides*. Trad. y notas de Emilio Lledó. En *Platón I*. pról. Carlos García Gual, estudio introductorio de Antonio Alegre Gorri. Madrid: Gredos, 2010.
- Rodríguez Valle, Nieves. *Los refranes del Quijote: poética cervantina*. México: El Colegio de México, 2014.
- . “Bartolomé Manchego: venturas y desdichas del último personaje rústico cervantino”. *Anuario de estudios cervantinos XI. El pensamiento literario del último Cervantes: del Parnaso al Persiles*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2015: 329-342.
- Rosenblat, Ángel. *La lengua del Quijote*. Madrid: Gredos, 1971.
- Salazar Rincón, Javier. “El personaje de Sancho Panza y los lectores del siglo XVII”. *Anales Cervantinos XXXVI* (2004): 197-246.
- Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua* [1535]. Ed. Cristina Barbolani. 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1984.
- Vallés, Pedro. *Libro de refranes copilado por el orden del abc*. Zaragoza: Juana Millán, 1549.
- Zimic, Stanislav. *El teatro de Cervantes*. Madrid: Castalia, 1993.